

POWELL, Charles: *España en democracia, 1975-2000*. Plaza & Janés, Barcelona, 2001, 684 págs.

En los años ochenta las primeras síntesis generales sobre la transición democrática en España se concentraron más sobre los orígenes políticos del proceso y analizaron el papel desarrollado por parte de los protagonistas políticos individuales y colectivos. En los noventa la historiografía se concentró más sobre los orígenes sociales, el papel de la modernización y sus efectos sobre el cambio de mentalidad, sobre el nacimiento de nuevas clases sociales y sobre las razones que llevaron a la aceptación plena de una fórmula moderada.

Hoy el análisis parece tomar más en consideración un espacio de tiempo cada vez más largo, desde el legado del régimen franquista hasta las razones que llevaron al fracaso del largo gobierno socialista. La tendencia —fruto de los últimos años de investigación— es la de tratar de colocar los momentos claves de la democratización del país dentro de un contexto internacional más amplio. Muchas son las razones que explican este retraso en el campo de los estudios históricos españoles. La necesidad política, durante los primeros años de la transición, de considerar el régimen franquista como una experiencia del pasado, el deseo de entender la dinámica del éxito del proceso que se estaba llevando a cabo y sobre todo la lenta reinsertión de España —tanto a nivel político como institucional— en la historia europea. De todas formas esta época ha terminado y España se alinea incluso en la metodología de investigación a los *trend* europeos. Este último libro de Charles Powell —que hace años escribió la conocida obra *Juan Carlos of Spain self-made monarch*— constituye una prueba de esto.

Dividido en cuatro partes, el libro *España en democracia. 1975-2000* abarca el período comprendido entre la muerte de Franco y la primera legislatura del Partido Popular. Por la amplitud de los temas tratados, me interesa sobre todo señalar algunos aspectos y estímulos de reflexión que el autor propone a lo largo de su obra y cuyo mérito principal no es el de cambiar la interpretación global de la transición sino el de añadir cuestiones que aún faltaban a un proceso que sigue siendo tema de debate historiográfico. La primera parte está dedicada a la reconstrucción de los orígenes de la transición. Éstos se remontan al proceso conocido como la «trampa de la modernización», es decir a las consecuencias no deseadas ni previstas del desarrollo socioeconómico promovido por el mismo General Franco a finales de los años cincuenta para garantizar la continuidad de su régimen. A pesar de sus objetivos, este programa sentó las bases de la futura democratización del país. A través de un análisis del

cambio ministerial de 1957, que llevó a la ocupación de los ministerios más importantes por parte de la familia tecnócrata, el autor pone en evidencia cómo el Plan de Estabilización no habría conseguido superar las resistencias de los franquistas duros —defensores de la fórmula autárquica—, sin el apoyo de organismos internacionales como la OCDE y el FMI, en los que España entró en 1958. En el contexto del «milagro económico» de los años sesenta se percibe cómo en España el aumento del nivel de vida fue mayor que el de otros países aún bajo regímenes autoritarios como Portugal o Latinoamérica y cómo desde entonces este elemento favoreció un progresivo acercamiento a los modelos de vida difundidos en los principales países de Europa Occidental. El autor subraya el hecho de que el reconocimiento internacional de la «presunta» liberalización económica en España fue el instrumento principal que el régimen utilizó para no perder el apoyo del sector empresarial y de la burguesía, hasta entonces sus principales sostenedores.

Gracias a una constante consulta de las encuestas llevadas a cabo por el Instituto de Opinión Pública Foessa y el CIS, Powell demuestra cómo los años del desarrollo económico aunque no favorecieron un aumento de la movilidad social ni pusieron en duda la legitimidad del régimen beneficiaron a la sociedad española en su conjunto. Las reacciones de los partidos clandestinos al comprobar esta evolución no fueron positivas. En este sentido el autor nos recuerda la reacción que tuvo el PCE ante la nueva política económica. Los comunistas, después de abandonar la estrategia de la lucha de guerrilla y promover, a mitad de los años cincuenta, la política de Reconciliación Nacional, creían que los nefastos efectos económicos de la autarquía favorecerían el acercamiento de la burguesía a la clase obrera, pero la liberalización económica impidió esta convergencia de fuerzas, necesaria premisa para la formación de una plataforma unitaria anti-régimen. Cuando a partir de 1972 se produce el viraje europeísta del PCE, esta nueva política, según el autor, no es el resultado de un cambio ideológico ni de una nueva concepción de las relaciones internacionales, sino como un instrumento de política interior para reducir la distancia entre el partido y una clase media cada vez más numerosa. A pesar de los esfuerzos para convencer a potenciales aliados de su transformación democrática, el PCE seguirá suscitando —por lo menos hasta la segunda mitad de los años setenta— un sentimiento de desconfianza muy fuerte en las demás fuerzas políticas clandestinas impidiendo así la convergencia de las fuerzas de oposición contra el franquismo. Por lo que se refiere a los socialistas el autor pone en evidencia sus constantes vínculos con la socialdemocracia alemana, no solo refiriéndose a las ayudas económicas y organizativas recibidas para las primeras elecciones libres sino

subrayando cómo las intervenciones de la embajada alemana en Madrid permitieron que González y otros líderes del partido gozaran de una mayor tolerancia por parte de las Fuerzas de Seguridad del régimen. Esta política continuó incluso después de la muerte de Franco. Será entonces cuando empieza a tomar forma el proyecto de Fraga Iribarne de fortalecer el PSOE a costa de los comunistas para crear un sistema político basado en la alternancia de una formación de centro-derecha de amplia base y un gran partido de corte socialdemócrata. Pero, la fusión de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia en un organismo unitario, la Platajunta, favoreció el fracaso —aunque hoy a la luz del actual sistema pueda decirse que sólo momentáneamente— del antiguo programa de Fraga.

En la segunda parte del volumen el autor concentra su atención sobre el clima político desarrollado en la fase de la legalización de los partidos. Por lo que se refiere a la del PCE, Powell señala tanto las razones internas como las internacionales que más influyeron en la decisión de Suárez. Desde un punto de vista interior esta medida tuvo un doble efecto indirecto: moderador de las posiciones antimonárquicas hasta entonces mantenidas por el PSOE y legitimador de la fórmula reformista del nuevo gobierno. Desde un punto de vista internacional, a la luz de un informe emitido por el Parlamento Europeo, en marzo de 1977, sobre la existencia legal de los partidos comunistas en Europa Occidental, el autor demuestra como ésta medida supuso una condición *sine qua non* para la futura entrada de España en la CEE. En este sentido, el libro subraya cómo —a diferencia de Grecia y Portugal— en España todos los partidos representados en las Cortes apoyaron el proyecto de la entrada en la Comunidad Europea, considerándola cómo la mayor garantía de la irreversibilidad del proceso democrático. Otro momento central de la historia reciente de España fue el intento de golpe del 23-F. Rechazando una tendencia historiográfica —aparecida alrededor de la mitad de los años noventa— Powell niega cualquier hipótesis de implicación del Rey Juan Carlos I, concluyendo que si el golpe hubiese llevado al poder a los militares, a diferencia del de 1936, las bases de apoyo hubiesen sido mucho más débiles, la movilización de los partidos y sindicatos hubiese paralizado la vida económica del país y la comunidad internacional y —sobre todo la CEE— habría apoyado el restablecimiento de la Monarquía parlamentaria.

La segunda parte termina con un análisis de la reconstrucción del sistema político. En este caso el autor sigue la interpretación politológica clásica según la cual la desintegración de UCD y la victoria del PSOE se interpretan como acontecimientos que marcan el fin de la transición y el principio de la consolidación democrática. A partir de la victoria de las

elecciones de 1982 el libro describe el programa reformista adoptado para acercar el país a los *standard* vigentes en los demás países de Europa Occidental. Una progresiva reducción del papel del Estado, un refuerzo del sistema de libre mercado, la reducción de la inflación, del déficit público y de la deuda exterior, eran todas partes esenciales de un proyecto más amplio para satisfacer los requisitos necesarios para ingresar en la entonces CEE. La adhesión respondía a la necesidad de cerrar el capítulo del aislamiento internacional y de superar lo que Ortega llamaba la «tibetización» de España. Si la entrada en la CEE ha representado el logro más grande de los socialistas, y el referéndum sobre la OTAN el final de la incertidumbre de la política exterior, también estos acontecimientos se pueden interpretar como el principio de la fase del ocaso del partido socialista. La organización del referéndum supuso graves problemas financieros para el partido y, cuestión aun más importante, su convocatoria causó una ruptura muy fuerte con UGT, que permaneció fiel a la política de los orígenes, oponiéndose al renovado atlantismo del PSOE.

Por lo que se refiere a la entrada en la CEE —sin negar la importancia trascendental para el futuro del país— el autor subraya más las repercusiones inmediatas que tuvo tanto sobre el sistema económico como sobre el equilibrio alcanzado entre el gobierno central y las comunidades autónomas. Parece una paradoja, pero fue la entrada en la CEE lo que favoreció la inversión de tendencia en los partidos nacionalistas, hasta entonces defensores convencidos del europeísmo español. Concentrando la atención sobre las medidas de política interior sobresale el peso que tuvo el aumento del desempleo, el gasto público —cuyos fondos salían de una cada vez más fuerte presión fiscal—, de los escándalos para la financiación ilícita de los partidos y la corrupción de la administración pública, factores que determinaron la pérdida de apoyo de la clase media al partido socialista. A esto tenemos que añadir el efecto de la participación en la guerra sucia contra ETA y las actividades de los GAL. El autor señala cómo los principales efectos de la crisis política supusieron una progresiva deslegitimación del papel de los partidos y el debilitamiento de la lucha contra el terrorismo. Desde un punto de vista electoral, los efectos tuvieron un impacto más fuerte sobre el partido de gobierno, favoreciendo un lento desplazamiento del electorado hacia el centro-derecha. Subrayando el carácter moderado de la sociedad española —demostrado constantemente desde el referéndum sobre la ley de reforma política en 1976—, Powell dedica la última parte del libro a una análisis de la evolución centrista del viejo partido de Fraga. El recambio generacional y su ingreso en el Partido Popular Europeo representan las primeras señales de su evolución. Proceso que además se puede comprobar a través de la nueva interpre-

tación que el Partido Popular hace de la historia reciente de España. El franquismo ya no es percibido como una amenaza y la transición es interpretada en clave reformista, como un proceso de cambio encabezado por los sectores más aperturistas del régimen franquista. Si Europa hasta entonces se había percibido como un punto de llegada ahora se convierte en un punto de partida, como el mejor instrumento para desarrollar el potencial económico de un país que ha salido de la época del aislamiento internacional. Esta postura tiene su reflejo más directo en una nueva fórmula de gobierno cuyos principales objetivos fueron obtener una legitimación plena por parte de las comunidades autónomas y la entrada de España en el club de los fundadores de la Unión Monetaria. Si en 1996 el PP había ganado con solo una mayoría del 1,1% de votos más que el PSOE, la mayoría absoluta obtenida en las elecciones del 2000, confirma el corte de lazos con el pasado, el nivel de arraigo alcanzado y la conseguida transformación en un nuevo partido nacional.

MARÍA ELENA CAVALLARO